

Tierra y fuego¹

Basta con hacer una sencilla búsqueda en Internet para comprobar que las palabras “calentamiento global”, “cambio climático” asociadas a radicales migraciones de grandes grupos humanos –generalmente pobres– conforman un tópico central en la agenda actual de preocupaciones en el ámbito mundial. ¿Es este un fenómeno contemporáneo? ¿Tiene antecedentes en la historia humana? ¿Cómo se relacionan estas catástrofes con los modelos económicos y las formas de producción? ¿Es posible alimentar a toda la población del planeta con una calidad de vida justa y digna? ¿Es esto compatible con los altos niveles de confort con los que viven los muy pocos habitantes de las naciones más ricas de la Tierra?

Como con los otros elementos, hacemos aquí una pequeña recorrida en la historia humana.

Migraciones: bosques y campos arrasados

La historia demográfica de la humanidad es muchas veces el relato de grandes migraciones, detrás de las cuales siempre encontramos causas similares: guerras, hambrunas, cambios climáticos. Una práctica frecuente, en los pueblos que eran invadidos por grandes ejércitos, era la huída, abandonando y destruyendo tras de sí sus posesiones: campos quemados y arrasados para que los enemigos no pudieran alimentarse ni sustentar a los animales con los que transportaban armas y pertrechos. Piénsese, como ejemplo histórico cercano y local, el gran éxodo emprendido por la población jujeña hacia Tucumán en 1812, huyendo del ejército español y dejando campos arrasados, para seguir al Ejército del Norte comandado por el general Manuel Belgrano.

Este recurso era utilizado –y lamentablemente aún continúa siéndolo– con bastante frecuencia, al igual que la contaminación de ríos y fuentes de agua con las que se aprovisionaban las ciudades sitiadas. Sin remontarnos a la antigüedad, vale la pena mencionar que una de las acusaciones que recibió el ejército japonés que invadió la Manchuria china durante la Segunda Guerra Mundial, fue la de haber contaminado con armas biológicas las fuentes y los alimentos de varios poblados campesinos. Hasta el día de hoy el gobierno chino realiza periódicas revisiones en esa región para controlar las plagas y enfermedades que aún persisten.

Pero ya en los tiempos de Jenofonte² encontramos antecedentes de esta práctica.

En estas etapas perecieron de hambre muchas de las acémilas, no se encontraba follaje ni árbol alguno; todo el país estaba pelado. Los habitantes desentierran del río piedras de molino que, después de trabajadas, llevan a Babilonia: allí las venden y con el producto compran el trigo necesario. El ejército se vio falto de trigo y no había donde comprarlo como no fuese en el mercado libio, en el campamento bárbaro de Ciro, al precio de cuatro siglos la cápita [unos dos litros] de harina de trigo y cebada. [...] Así es que los soldados se mantuvieron durante esos días sólo de carne. (Jenofonte, 1994)

En general, en las crónicas de guerra, ya sea que estén contadas por los vencedores, ya por los vencidos, la narración se detiene en las batallas o en las travesías de los ejércitos. Son excepcionales los relatos en los cuales el éxodo de un pueblo simboliza su liberación, como en el caso del pueblo judío al huir de la esclavitud en Egipto, que se recuerda en el *Shemoth* (en hebreo, “nombres”) segundo libro de la Biblia. ¿Pero cuál era el destino de esas personas, que perdían sus únicos medios de sustento, y de los miles de soldados que generalmente eran reclutados a la fuerza por los poderosos, o eran simplemente esclavos? ¿Cuánto tardaban las tierras forzadas a desertizarse en recuperar su fertilidad? Aún cuando hayamos cambiado la terminología, lamentablemente seguimos hablando –y cada vez lo haremos con mayor frecuencia si no se toman las medidas adecuadas– de *refugiados*: grandes masas de población que pierden drásticamente sus medios de sustento como consecuencia de guerras explícitas o de las más silenciosas devastaciones que el hombre le inflige a su medioambiente.

Algunos años antes de la difusión masiva del documental conocido como “informe de Al Gore”,³ en 1993, el biólogo norteamericano Paul Ehrlich y su esposa, Anne, demógrafa, pronosticaban, al analizar las principales consecuencias del calentamiento global del planeta:

[...] pérdidas más frecuentes y severas de cosechas, [...] inundaciones costeras, desertificación de muchas regiones, ceración de 300 millones de refugiados medioambientales, modificación de los patrones de enfermedad, escasez de reservas de agua, estrés general en los ecosistemas naturales e interacciones sinérgicas entre todos estos factores. (Ehrlich, 1993, 5)

De la Edad Media europea al capitalismo: bosques, suelos y cosechas

Adiós, campos verdes y arboledas dichosas
donde los rebaños hallaron su deleite.
William Blacke

Quizá como ningún otro artista moderno, Vincent Van Gogh nos ha legado algunas de las más bellas imágenes de la vitalidad y el colorido de los campos cultivados con girasoles. Sin embargo, si pretendemos imaginar una pintura esencialmente representativa del trabajo campesino europeo, no podemos eludir “El Angelus” de Millet.⁴ En un paisaje del atardecer, el cuadro representa a una pareja de campesinos dando gracias a Dios por la cosecha obtenida. Tanto el hombre como la mujer agachan piadosamente las cabezas: él, con la suya descubierta y el sombrero en las manos; ella, con sus laboriosas manos junto al pecho. A su lado, a los pies, observamos un cesto con los frutos cosechados y la herramienta de la labor. Detengámonos unos minutos a imaginar esta escena del siglo XIX. Ahora sí, tratemos de retroceder en el tiempo.

Georges Duby, uno de los más destacados medievalistas del siglo XX, al estudiar las condiciones demográficas y económicas de la Europa de los siglos VI y VII, observa que la principal actividad

económica del hombre es la lucha cotidiana por sobrevivir y dominar los poderes de la naturaleza. En ese contexto “la tarea del historiador debe ser la medición de ese poder y el intento, por consiguiente, de reconstruir el aspecto del medio natural” (Duby, 1999, 7).

Hasta casi finalizar el siglo XII, el continente europeo estaba dominado por grandes extensiones de bosques, lo que se ve reflejado en una amplia literatura cortesana, en la decoración arbórea de la arquitectura gótica, en la presencia de la figura del leñador, el bosque y sus peligros (piénsese en la figura emblemática del lobo salvaje en los cuentos populares e infantiles que han llegado hasta nuestros días). Desde ya que existía una gran diversidad de suelos, que la sabiduría campesina diferenciaba denominándolos como *tierras frías* (suelos ligeros, fáciles para trabajarlos, en donde el agua podía penetrar con facilidad) y *tierras calientes* (resistentes a los precarios útiles de labranza y en los que la humedad no penetra) (Duby, 1999, 9).

Según algunos autores, fueron las mudanzas de las condiciones climáticas, entre otras causas, las que pusieron fin a una etapa de regresión del crecimiento demográfico, que había comenzado en el mundo romano del siglo II. Más población significaba, en un mundo donde escaseaban las manos para trabajar, mayores posibilidades para dominar a la naturaleza, pero también más bocas que alimentar. ¿Qué le pedían los hombres medievales a la tierra? ¿Qué esperaban de esta? Una técnica precaria, pocos arados y falta de herramientas para labrar la tierra.⁵ Poco ganado para colaborar en la tarea y abonar los suelos. Un modelo de explotación y de alimentación que había hecho crisis con la caída de Roma. La mayoría de los señores feudales y el campesinado europeo tomaba de la tierra mucho menos de lo que esta *podía* darle y mucho menos, por cierto, de lo que le habían *sacado* los romanos, puesto que tampoco el desarrollo técnico permitía avanzar sobre la grandes extensiones boscosas o incultas, ni domesticar los arroyos o erradicar la vegetación silvestre para reemplazarla por cultivos aptos para alimentar a una población en lento crecimiento.

[...] la escasez fue el verdadero resorte de la expansión agraria, y sus verdaderos autores fueron los pobres, los hijos demasiado numerosos que no podían hallar alimentos en la tierras familiares [...] La conquista agrícola fue también obra de los ricos, puesto que la tierra inculta les pertenecía en toda su extensión [...] Los dueños de tierras yermas prefirieron sacrificar algunos de los placeres que las zonas forestales, los pantanos y los cotos les proporcionaban como cazadores. (Duby, 1999)

De esa manera, a partir de la explotación de los siervos, los señores pudieron también apropiarse del excedente de esas tierras conquistadas. Estas grandes operaciones de roturación de los suelos modificaron no solo el paisaje y el ambiente sino también toda una mentalidad de la época. Comenzaron a extenderse las nuevas técnicas que permitían la producción cerealera característica de los siglos posteriores, como la mencionada roturación con herramientas perfeccionadas, la rotación de los cultivos y el consiguiente abono y roturación de las tierras en reposo. De este modo fue germinando en los hombres medievales la idea de que podía obtenerse una *ganancia o renta* de la naturaleza. La palabra *gagnages* designaba, en la región de

Lorena (Francia) en el siglo XII, a las nuevas explotaciones creadas a partir del usufructo de los bosques. (Duby, 1999). En torno a ellas, fueron creciendo aldeas y, paulatinamente, apareciendo estas nuevas concepciones con las que se inició el proceso de transformación del modo de producción feudal hacia el capitalismo incipiente. Tanto los señores feudales como algunos sectores del campesinado libre comenzaron a interesarse por la renta. Para obtener mayores ganancias hacían falta más siervos y mejores herramientas técnicas: la mayor explotación de los hombres y de las tierras fueron, por lo tanto, de la mano. No fueron pocas las revueltas campesinas que tuvieron lugar en esos tiempos medievales.

Siglos después, sobreexplotada la tierra conquistada para el cultivo y con el comienzo de la Revolución Industrial, miles de personas sin tierras y con hambre comienzan un lento éxodo hacia las ciudades. Un funcionario inglés de la Corona, expresaba en la segunda década del siglo XVII su disgusto por “el gran número de vagabundos de que el reino está poblado” (Dobb, 1984, 277).

Un pequeño esfuerzo imaginativo nos permitirá *saltar* unos siglos hasta nuestro presente, aunque no nos agrade lo que hemos hecho con nuestra tierra, nuestros bosques y nuestras reservas acuíferas en pos de obtener mayores rentas:

La sobreexplotación de los recursos *renovables* esenciales, la capa superficial del suelo y las aguas subterráneas, se debe a nuestros esfuerzos por potenciar la producción agrícola a corto plazo para alimentar a un número de personas cada vez mayor [...] no hemos aplicado las medidas necesarias para preservar el suelo, gran cantidad de la capa superficial ha sido arrastrada por el agua o el viento. (Ehrlich, 1993, 18)

Fuego, conocimiento y poder

Al primer sol, el sol de agua, se lo llevó la inundación.

Todos los que en el mundo moraban se convirtieron en peces.

Al segundo sol lo devoraron los tigres. Al tercero lo arrasó una lluvia de fuego, que incendió a las gentes.

Al cuarto sol, el sol de viento, lo borró la tempestad.

Las personas se volvieron monos y por los montes se esparcieron.

Pensativos, los dioses se reunieron en Teotihuacán. -¿Quién se ocupará de traer el alba?

Eduardo Galeano

Si el desarrollo de la agricultura, con la consiguiente *domesticación* del agua y la tierra, marca el paso del nomadismo al sedentarismo, el descubrimiento del fuego está, para muchos historiadores, en el centro de esta transformación. El hombre, desde entonces, ha experimentado fascinación por este elemento, símbolo arquetípico de trascendencia de la condición humana (Eliade, 1993). El fuego es a la vez símbolo del Bien (luz, calor, cocción) y del Mal (destrucción, incendio, muerte).

Esta multiplicidad de simbolismos característica del fuego se ha manifestado en casi todas las culturas y religiones. En este sentido, quizás el más difundido en Occidente sea el antiguo mito griego de Prometeo, quien, al entregarle el fuego a los hombres –es decir, al darles conocimiento y poder– cayó en desgracias entre sus pares, los dioses, y fue condenado por toda la eternidad. Para los romanos, Vesta era la diosa del fuego y del hogar. Las vírgenes vestales, sacerdotisas del templo de esta diosa, eran elegidas entre las más importantes familias patricias de Roma y tenían entre sus deberes el de cuidar que el fuego de la diosa nunca se apagara. Es curioso que entre sus obligaciones del culto, tuvieran a cargo el resguardo de importantes archivos y documentos desde la fundación de la antigua república, como los testamentos. Una de las más altas dignidades que obtuvo Cayo Julio César fue, precisamente, la de Sumo Pontífice y, en tanto tal, debía residir en el templo y cuidar las virtudes de las vestales.

En cambio, para los hindúes:

[...] el fuego “(Agni) es prendido en el Havan Kund (fuego de sacrificio) y diferentes energías (deidades) son invocadas a través del canto de *mantrams* y a través de diferentes posturas (*mudras*). Para prender el Havan Kund o fuego de sacrificio, dos pedazos secos de madera se friccionan. Ambos pedazos simbolizan el cuerpo y el alma (el verdadero espíritu del hombre) y el encendido del fuego simboliza que el cuerpo físico debe comenzar un viaje hacia la vida espiritual. (Molina)

También los aztecas adoraban el fuego. Según la antropóloga mexicana Silvia Limón, el fuego sagrado simbolizaba el ciclo de vida de 52 años, lo que determinó a los jóvenes que prestaban sus servicios en los templos, a recoger leña en el campo para alimentar las hogueras y velar por turnos para evitar que éste se apagara, puesto que si tal cosa ocurría se creía que sobrevendrían desgracias y, por tanto, aquel que incurría en esta falta era severamente castigado (Limón Olvera, 2001, 51-68). El fuego, en cuanto manifestación de la divinidad y principio de calor y vida, ardía constantemente en las casas, los templos y los patios.

En la cosmovisión de los tehuelches del sur patagónico, el sagrado fuego era un regalo del dios Elal, quien enseñó a los hombres sus secretos para fabricarlo y mantenerlo. Con este saber, los hombres le perdieron el miedo a la oscuridad y al frío.

Y entre otras muchas cosas, como Elal viera que sus criaturas tenían frío y oscuridad, cuando el Sol no estaba en el Cielo, les enseñó a hacer fuego, el mismo que les permitiera vencer a la nieve y al frío en las laderas del Chaltén⁶, el que brota cuando golpean ciertas piedras [...] Dicen que a partir de entonces los tehuelches ya no temieron a la oscuridad ni a las heladas porque eran dueños del secreto del fuego, y el fuego era sagrado para ellos porque se los había dado su padre creador. (“Pillán quitral. El fuego sagrado”)

Por su parte, en el libro del Génesis de la Biblia, Dios inicia su obra creadora con la eliminación de las Tinieblas (Caos) y la creación de la Luz (fuego, orden). En este caso, el fuego simboliza la energía transformadora de la luz. No tenemos intención de hacer aquí interpretaciones teológicas fuera de nuestro

alcance, pero podemos recordar, en este mismo sentido, las palabras de Jesús: “He venido a traer fuego sobre la tierra y ¡cuánto desearía que ya estuviera encendido!” (Lc 12, 49-53).

Los persas rendían culto al dios Ormuz (o Aura Mazda) mediante el fuego, por ello no construían templos, solo altares donde se conservaba el fuego sagrado. Esta tradición llamó la atención de los macedonios del ejército de Alejandro Magno, que tenían por costumbre, en sus ritos funerarios, cremar los cadáveres luego de rendirles honores (Renault, 1995). Para los persas esta usanza constituía una blasfemia que corrompía el carácter sagrado del fuego; la costumbre entre ellos era abandonar los cadáveres en las cimas de las montañas para que los consumieran las aves de rapiña. Entre los principios fundamentales de este pueblo, estaba el de respetar la ley, conservar la pureza del alma, *cultivar la tierra* y trabajar con empeño. En ese sentido, resulta interesante recordar que Persia (el Irán actual) fue cuna de varias religiones, tanto politeístas como dualistas y monoteístas. La influencia de los cultos persas llegó incluso a la Edad Media, ejemplo de ello fueron las luchas que la Iglesia vaticana sostuvo contra los herejes albigenses y cátaros en el sur de Francia, en plena época medieval, y que no fueron sino un rebrote de maniqueísmo, el cual a su vez fue una secuela de la doctrina de Zoroastro.

Notas

¹ Artículo elaborado por Cintia Rogovsky, Coordinadora general de Anales de la educación común.

² Jenofonte, nacido en Atenas hacia el año 430 a.C., participó de esta Anábasis (“expedición”, en griego) de mercenarios griegos, bajo el mando del príncipe persa Ciro el Joven que se rebeló contra su hermano Atajerjes, quien gobernaba el gran imperio persa hacia el año 401 a.C.

³ El documental “La verdad incómoda” (“An inconvenient truth”), dirigido por Davis Guggenheim, con relatos y actuaciones del ex Vicepresidente norteamericano Al Gore, fue presentado en 2006.

⁴ Se trata de un óleo sobre tela de 55’5 x 66 cm del pintor francés, de 1859-60. Actualmente en el Museo de Orsay (Francia). Recomendamos la interpretación crítica acerca de esta obra de Salvador Dalí, en su libro *El mito trágico de “El Angelus” de Millet*.

⁵ Las regiones que habían sido más influenciadas por el modelo romano tenían un *retraso* técnico con respecto a otras habitadas por *bárbaros*. Probablemente ello se debió a que los romanos no habían tenido la necesidad de mejorar las técnicas aratorias, puesto que los suelos mediterráneos, debido a su fragilidad, podían cultivarse sin necesidad de rotular la tierra más allá de un nivel superficial. Esta *superioridad* técnica de Europa central, por ejemplo, se vincula al uso del metal en los arados mucho antes de que esta práctica se extendiera a todo el continente.

⁶ Se refiere al cerro Chaltén (o Fitz Roy), ubicado junto a la localidad homónima del oeste de la provincia de Santa Cruz, Argentina, al sur de la cordillera de los Andes.

Bibliografía

- Blake, William, “La Noche”, en el sitio en Internet A media voz [<http://amediavoz.com/blake.htm>, sitio consultado el 27 de julio de 2007].
- Dalí, Salvador, *El mito trágico de “El Ángelus” de Millet*. Barcelona, Tusquets, 2004.
- Duby, Geoges, *Guerreros y campesinos. Desarrollo inicial de la economía europea (500-1200)*. Madrid, Siglo XXI, 1999.
- Dobb, Maurice, *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*. Madrid, Siglo XXI, 1984.
- Ehrlich Paul y Ehrlich, Anne, *La explosión demográfica. El principal problema ecológico*. Barcelona, Biblioteca Científica Salvat, 1993.
- Eliade, Mircea, *Cosmología y alquimia babilónicas*. Barcelona, Paidós, 1993.
- Galeano, Eduardo, *Memorias del Fuego III. El siglo del viento*. México, Siglo XXI, 1987.
- Jenofonte, *La expedición de los diez mil*. Barcelona, Fontana, 1994.
- Limón Olvera, Silvia, “El dios del fuego y la regeneración del mundo”, en *Estudios de Cultura Náhuatl*, n° 32. México, IIH-UNAM, 2001, en el sitio en Internet del Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México [<http://www.iih.unam.mx>, sitio consultado el 6 de agosto de 2007].
- “Pillán quitral. El fuego sagrado”, en el sitio de Internet de Mitología Americana, Mitos y Leyendas Tehuelches [<http://ar.geocities.com>, sitio consultado el 6 de agosto de 2007].
- Renault, May, *Juegos funerarios*. Barcelona, Plaza y Janés, 1995.